

XXIV

Impresiones poéticas.—Mirada retrospectiva.—Marchas y combates á que no he asistido.—*El Campamento del Hambre.*

Lagunas del Río Azmir, 11 de Enero.

Heme ya de vuelta en mi tienda, ó sea de regreso en mi casa.—Reconozco las *paredes* de lienzo, los *muebles* de campaña, las menores particularidades del hogar... La cama ocupa el acostumbrado sitio; las armas el suyo; allí están las provisiones; aquí mi pícaro criado Soriano...

Sólo ha cambiado el paisaje que se extendía delante de la puerta... Cierto que también ahora, como en anteriores campamentos, se distingue el mar á lo lejos; pero la playa es otra, y la perspectiva de las montañas muy diferente.—He aquí, por ejemplo, á mi derecha, unas *Lagunas* que no existían cuando abandoné esta morada... El promontorio de *Cabo Negro* se nos ha acercado también lo menos doce millas... Mas ¿qué digo? ;Hasta el suelo de la tienda ha variado, trocándose de arcilloso en arenoso!

Y es que las paredes de mi *casa* son las mismas, pero no así la tierra en que se levantan. El suelo ha caminado, y hoy me encuentro en un paraje desconocido.—Estoy, pues, dentro de mi hogar, y, sin embargo, no sé dónde me hallo, ni quiénes son mis vecinos ahora, ni por dónde se va á ninguna parte.

Pero dejémonos de estas pequeñeces, y hablemos de nuestro desembarco de esta mañana.

Al ser de día me despertó la luz del alba, penetrando hasta mi camarote al través de recio cristal, en el que á veces se estrellaba la espuma

de las olas, mientras que otras veces sólo me permitía ver el cielo, según que el balanceo del barco enfilaba la ventana hacia el cenit ó hacia el abismo.—Dudaba yo si aquella claridad sería del Sol ó de la Luna, cuando los ecos remotos de la *diana* del Campamento llegaron á mis oídos, anunciándome que la Tierra saludaba ya al nuevo día.—No de otra manera, cuando se vive en el campo, se conoce la llegada del amanecer por el concierto de las aves.

Levantéme, pues, y subí sobre cubierta.

¿Qué vista la de nuestros Reales! ;Qué cuadro tan fantástico y pintoresco!—No recuerdo quién dijo á mi lado, señalando á la banda del vapor que miraba á tierra:—*Si este balcón estuviese en Madrid, ¿qué caras se pagarían sus vistas!...* Y, en efecto, el espectáculo que se distinguía desde aquel balcón no podía ser más interesante para todo buen hijo de la Patria.

Amanecía, como digo. La faja de oro que á nuestra espalda esclarecía el Oriente, reverberaba en las aguas y venía á reflejarse en las brumas de la parte occidental del horizonte, tiñéndolas de un ligero carmín. La mar azul, bordada de anchurosas espumas, recortaba los contornos de la cercana tierra. Una neblina desigual, y próxima á romperse, envolvía entre sus impalpables gasas las hogueras del Campamento, haciéndolas aparecer como astros moribundos. Las inmóviles lagunas reflejaban pálidamente aquellas lumbres rojizas, y la claridad refractada daba á su vez un tinte de violeta á los vapores que habían emanado de aquellas muertas aguas... Entretanto, las cumbres de los montes asomaban por encima de la niebla su noble frente, en que ya daba el Sol, asemejándose á otras tantas islas levantadas sobre un mar de nubes. En el azul de la despejada atmósfera se destacaban las tiendas y las figuras humanas que coronaban

aquellas alturas, y en el fondo de los barrancos se veían brillar algunas filas de bayonetas, que centelleaban entre la bruma como largas saetas de brillantes. A esta decoración de tan maravillosas luces y vistosos colores, añadidle el atractivo patriótico, el prisma de las penalidades pasadas y de mis once días de ausencia; los cuarenta ó cincuenta buques que nos rodeaban, ansiosos de derramar en aquella playa todo género de auxilios y socorros; el cadencioso estrépito de la mar, no recobrada aún de su prolongado exceso de ira, y la armonía lejana de las músicas que saludaban al Sol de los combates..., y alcanzaréis á imaginar un pálido trasunto de tan hermoso panorama.

A cosa de las ocho se disipó la niebla completamente, y pudimos distinguir en la vecina playa un numerosísimo hormiguero de soldados que procuraban comunicarse con los botes y lanchas que ya se acercaban á la orilla; pero tal comunicación era aún más difícil, á causa del ímpetu con que reventaban las olas en la arena.

Sin embargo, los soldados, por una parte (medidos en el agua hasta la cintura), y los marineros por otra (haciendo prodigios de valor), lograban pasar á tierra algunas provisiones de las más urgentes...

Las más urgentes eran tres:—tabaco para la tropa, que no se acordaba del pan y clamaba por un cigarro;—heno para los caballos y acémilas, que se morían materialmente de hambre,—y el correo de España, pasto y vida de todos los corazones...

He de advertir que esto lo veía yo ya desde un botecillo que corría de un lado á otro de la playa buscando algún punto de fácil acceso, ó sea paraje en que atracar con algunas probabilidades de no irse á pique.

—Tenemos *mar de tres olas*... (me dijo el patrón del bote): la primera nos acercará á la orilla; la segunda nos pondrá sobre la arena; la tercera nos hará varar. ¡Entonces (se lo prevengo á usted) tendrá que darse prisa á saltar sobre los hombros de un marinero que lo ponga en seco, antes de que vengan otras tres olas y le obliguen á tomar un baño!—Conque vamos allá...—¡Agarrarse!

Todo sucedió como había dicho el marinero. Los remos permanecieron ociosos un instante, y el bote se dejó ir á merced de la triplicada ola. Hubo entonces algunos segundos en que nos vimos sepultados en golfos de espuma; pero el último golpe de mar sepultó en la arena la quilla del barquichuelo, y antes de que volviese el monstruo en busca de su presa, ya había yo sido cogido en volandas por un remero, y me encontraba en brazos de mis amigos.

¡Imaginaos la escena que seguiría!

—¡Vives, vives!—nos decíamos unos á otros.

—¡Aquí no te esperábamos ya!

—¿Es cierto que murió Fulano?

—¡Aquí se dijo que habías muerto tú!...

—¡Ya te hacíamos en España!...

—Y ¿te quedas ya entre nosotros?

—¿Conque murió Marinas?

—¿Conque murió Puente?

Y nada más. A eso se reduce el *vivir* y el *morir* á estas alturas de la campaña. Ni más duelo, ni más pésame, ni más epitaño...—“*Murió*” ó “*no murió*”: he aquí lo único que ya se habla del que sale del Campamento en una camilla.—Pero *volver*... ¡Ah! *Volver* es otra cosa... *Volver* es nacer de nuevo... *Volver* es resucitar.

Después de estas explicaciones, encontraréis justificado lo que sigue:

—¿Y mi tienda?—pregunté, pasados algunos instantes, á mis camaradas más íntimos.

—Fulano la heredó... Pero ambos cabéis en ella.

—¿Y mi cama?

—Tu cama..., ¡agradécemela á mí! Nadie tenía dónde llevarla, y si no la recojo yo, ya estaría en poder de los Moros.—Dormiremos juntos.

—¿Y tu caballo?—me preguntaron ellos á su vez con mucha sorna.

—¡Se me ha perdido!—respondí yo inocentemente.

—¡Estás en un error! Tu caballo se presentó en *Monte Negrón* á la Guardia civil. El hambre y el olfato le hicieron dar con el Ejército español. Cuando le vimos llegar tan solo y malparado, y reconocimos en él á tu *Africa* (así se llama mi jaca), te contamos entre los difuntos.

—Pero, en fin, ¿dónde está ahora mi *Africa*?

—La monta un guardia civil...—Y por cierto que ayer ha entrado en fuego con ella!

—¡Oh, animal modelo de virtudes!

—Sin embargo, te aconsejamos que no reclames ese animal...

—¿Por qué?

—Porque te saldrá más barato comprar otro...

—No lo entiendo...

—Pues es muy sencillo. *Africa* se habrá comido estos días una fanega de cebada; la misma que tendrás que abonar al guardia civil...

—¿Y qué?

—¡Poca cosa! Que una fanega de cebada valía ayer tanto como doce caballos, puesto que por falta de pienso se murieron muchísimos...

—¡Idos al diablo!—Pero habladme formalmente de eso último...

—¿De qué?

—De vuestras privaciones...

—¡Será difícil!

—¿Por qué?

—Porque aquí las hemos tomado á broma.

—Sin embargo, debéis de haber sufrido mucho...

—¡Lo que no es decible! Con todo, el soldado no ha perdido ni un instante su alegría.—Porque has de saber que el cólera nos ha dejado descansar desde que abandonamos aquellos pícaros campamentos de las cercanías de Ceuta...—¡Lo único que la tropa echaba de menos era el tabaco, y por cierto que era una delicia oír sus chistes y ocurrencias cuando se acordaba de él!—Nuestro verdadero apuro ha sido por los caballos y las acémilas, que se comían recíprocamente sus monturas.—¡Ya verás..., ya verás esos arenales sembrados de caballerías muertas!

—Pero ¿y vosotros?

—Nosotros hemos comido galleta mojada en agua llovediza y mariscos, que abundan en esta costa. ¡De algo nos había de servir el temporal! La mar ha arrojado millones de millones de almejas sobre esas playas.—No obstante, el negocio se iba poniendo tan feo, que ayer mañana estuvo ya á caballo el general Prim, á la cabeza de una División, para ir por víveres á *Ceuta*.

—¡A *Ceuta*! ¿Cómo?

—¡Ah! No es para contado... ¡Has debido verlo!

—Contádmelo, sin embargo...

—Pues escucha:

“La situación se comprende fácilmente, y ya la habrás adivinado desde *Ceuta*.—Eramos veinte mil hombres atascados en un lodazal, azotados de día y de noche por el viento y la lluvia, bloqueados á la izquierda por un mar furioso en que no se veía ni un solo buque hacia cuatro días, y amenazados á la derecha por el Ejército enemigo, que esperaba la primera hora de bonanza para caer sobre nosotros.—No podíamos avanzar ni retroceder, y el hambre dejaba ya sentir su aguijón envenenado. Los enfermos se

morían dentro de sus tiendas... Los heridos (pues hemos sostenido dos combates en esta situación) pasaban la calentura consiguiente á su estado liados en sus mojadas mantas...—; Ah! ; Mejor es no acordarse!”

—Seguid... Seguid...

“Pues bien: figúrate el momento supremo en que iba á partir el convoy en busca de víveres.—Aquella expedición, ¿mejoraría nuestra suerte, ó la empeoraría? ¿Saldrían los Moros al encuentro de la Columna volante? ¿Nos quedaríamos sin acémilas? ¿Permitiría el temporal ir y volver por esos montes á nuestros valerosos compañeros?”

“Todas las mulas servibles estaban ya preparadas; los soldados, formados; los *brigaderos*, decididos á morir defendiendo las provisiones; el general Prim, disponiendo el orden de marcha.—El resto del Ejército rodeaba á los expedicionarios, despidiéndolos, envidiándolos, agradeciéndoles de antemano su sacrificio...—La mar seguía revuelta y sola, ligeramente esclarecida por las primeras luces de la mañana...—No llueve.

“En esto una voz grita:

“—; Vapor! ; Vapor!

“—; Hacia qué lado?

“—; Dobla la Punta de Ceuta!...

“Todo el mundo mira...

“En efecto: se percibe allí un punto negro y un poco de humo.

“El día aclara entretanto...

“; Es un vapor..., no hay duda!—Con los anteojos se distingue nuestra Bandera...—; Nos hemos salvado!

“; Entonces, y sólo entonces, echamos de ver que no corre viento alguno; que las nubes se entreabren, y que en las regiones altas de la atmósfera sopla el Sur, en lugar del *Levante!*...

“; La misma mar ha cedido un poco!

“—; Alto la expedición! ; Viva la Marina española!—exclama el general Prim.

“Pero, ; ay!, á lo mejor, el barco desaparece... ; Nadie lo ve ya por ningún lado!

“—; No puede! ; Se ha vuelto!—exclaman veinte mil voces.

“; Oh!... ; Qué momento aquel de desesperación y de agonía!

“Así pasa media hora.

“; Nada!... Se ha vuelto... Es cosa hecha...—No hay otro remedio que despachar la Brigada...

“Y la Brigada parte para Ceuta.

“Pero algunos minutos después se oye decir:

“—El vapor no se ha vuelto... El vapor avanza...

“—; Por dónde?—pregunta el Conde de Reus.

“—Viene pegado á la costa...—responden los soldados, que siempre ven más sin anteojos que los Generales con ellos.

“Era verdad.—Una ilusión óptica había impedido verlo mientras se destacaba sobre el promontorio del *Hacho*; pero el audaz y generoso buque se dibujaba ya sobre las olas, airoso, altivo, solitario, adelantando siempre hacia estas playas y rodeado de ancha orla de espumas.

“; Hurra tres veces al denodado barco!—Era el *Duero*, cuyo nombre vivirá siempre en nuestra memoria... ; Y qué titánica lucha sostenía con la marejada!

“Entretanto, empezaron á aparecer por detrás de Ceuta otros muchos buques, y algunas horas después fondeaban ya todos enfrente de nosotros con esos almacenes flotantes en cuyos costados se leen los consoladores nombres de: *harina, arroz, hospital de heridos, heno, cebada, hospital de enfermos, tabaco y tocino.*

“Por lo que toca á Prim y á su Columna expedicionaria, si bien tuvieron que volverse por

carecer de objeto su viaje, no perdieron enteramente el tiempo, puesto que, habiendo divisado en la playa de Castillejos la goleta náufraga *Rosalía*, varada en la arena, dirigiéronse á ella, la abordaron, y extrajeron la caja de fondos, las banderas y algunas armas, con las cuales regresaron pronto á este Campamento, entre los aplausos de veinte mil hombres.”

Hasta aquí el primer relato de mis amigos. Ahora paso á contar sumariamente los demás sucesos importantes de estos últimos días, según me los han narrado testigos presenciales y de mayor excepción.

Primeramente, hácese aquí lenguas todo el mundo elogiando el comportamiento del Batallón de *Ciudad-Rodrigo*, que sostuvo durante cinco horas un reñido combate la tarde del 4 de Enero, mientras que el resto del Ejército acampaba en las alturas llamadas de la *Condesa*,— nombre que recuerda la dominación de los Portugueses en este litoral.

He aquí algunos pormenores del encuentro.

A las seis de la mañana de aquel día nuestras tropas habían continuado su marcha hacia *Tetuán* desde el valle de los *Castillejos*, en que yo las dejé atrincherándose.

El enemigo no opuso al principio oposición alguna, y el movimiento se verificó ordenada y lentamente hasta dar vista al *Valle M'nuel*, así llamado desde los tiempos de D. Manuel el Grande y el muy feliz, Rey de Portugal.

Una vez en aquella posición, nuestros soldados descubrieron á lo lejos y delante de sí las ásperas lomas de *Monte Negrón*, adonde se había refugiado el Campamento moro.

Mandóse, pues, hacer alto y plantar tiendas, lo que se realizó en seguida, quedando, por ende, situados los dos Ejércitos beligerantes el uno

enfrente del otro, cada cual sobre un extenso monte, y separados solamente por un estrecho y mal conformado valle. La única diferencia que existía entre nuestra posición y la suya, era que los Moros habían elegido para acampar un punto alto y distante de la costa, mientras que nosotros nos apoyábamos en la misma orilla del mar.

Ambas situaciones estaban perfectamente entendidas, pues el enemigo tenía su base de operaciones, ó sea su punto de retirada, sus víveres y repuestos, en el interior, y nuestro Ejército recibía todos sus socorros y se descartaba de heridos y de enfermos por medio de la Escuadra.

La posición escogida por nosotros era tan ventajosa como fácil de defender.—Con todo, á fin de establecer el campo y levantar las trincheras más desahogadamente, se mandó marchar en observación hacia el Ejército agareno á dos Escuadrones de *Húsares*.

Esta precaución no fué injustificada.— Dos mil Moros de Caballería y como quinientos de Infantería, avanzaban ya á estorbar nuestras operaciones, y muy pronto se rompió el fuego entre la vanguardia de los *Húsares* y los primeros grupos de los Marroquíes.

Entonces fué cuando O'Donnell, viendo que las fuerzas contrarias superaban diez veces en número á los acreditados *Húsares*, envió en apoyo de éstos al Batallón de *Ciudad-Rodrigo*.

Mandábalo su teniente coronel, D. Angel Cos-Gayón, repuesto ya de la dolencia que le aquejaba el 30 de Diciembre; y es fama que recobró el tiempo perdido habiéndoselas desembarazadamente con numerosas huestes moras de Caballería é Infantería combinadas, y mostrando á su bizarro Batallón que tenía un jefe digno de mandarlo.

También se encontraba allí este día el coronel D. Antonio Ulibarri, herido ya en otro encuen-

tro, como creo haberos dicho, y que convalecía de su lesión, yendo de aficionado á las batallas; pero otra bala le atravesó la pierna derecha al principio del combate que refiero, y tuvo al fin que regresar á la Península.

Cerca de cinco horas duró aquella desigual pelea, en la cual acabó *Ciudad-Rodrigo* por rechazar á los Moros, causándoles muchas pérdidas, que vino á aumentar nuestra Artillería con sus disparos.—Cinco soldados y un sargento muertos; un capitán, un teniente y treinta y ocho soldados heridos, regaron con su sangre el lauro que alcanzó mi Batallón en este celebrado hecho de armas.

Entretanto, todo el resto de nuestro Ejército vivaqueaba ya en su nuevo campo, cerca de las legunas formadas por el río *M'nuel*; la Escuadra, aumentada con las fragatas de hélice *Princesa de Asturias* y *Blanca*, recogía nuestros heridos y enfermos, y nos suministraba víveres y municiones, y la noche caía sobre las últimas faenas de tan feliz jornada.

.....
No lo fué menos la siguiente.

Verificóse ésta dos días después, siendo aquella que yo calificué de milagrosa al divisarla con un anteojo desde lo alto del *Hacho*.

Aludo á la famosa marcha de flanco y paso del *Monte Negrón*, brillante y afortunado movimiento, que, al decir de todos los inteligentes, constituirá una de las mayores glorias de esta Campaña.

Pero dejemos hablar á uno que lo presencié.

“—Te has perdido (me dice) el gran día de júbilo y de sorpresa para las tropas, el gran día de ciencia y habilidad de nuestro General en Jefe.

”Imagínate que al emprender la marcha aquella mañana (el día 6) para asaltar el *Monte Negrón*, donde, como sabes, se habían situado los

Moros, decididos á estorbarnos el paso, todo el mundo esperaba una verdadera batalla, en que, si bien había seguridad de vencer, pues esta arrogante confianza no la hemos perdido jamás, se contaba con tener muchas más *bajas* que en el mayor de los combates anteriores.

”¿Cómo no?—Los Moros estaban posesionados de sus inaccesibles alturas, que nosotros nos veíamos obligados á atacar desde el valle para pasar al otro lado, mientras que ellos habían tenido tiempo de atrincherarse, de acumular medios de defensa, de establecer obstáculos al paso de la Artillería y de los equipajes, y contaban además con numerosa Caballería que lanzar sobre nuestra retaguardia tan luego como emprendiéramos la operación.

”Era, pues, uno de aquellos días en que, al oír el toque de diana, se pregunta cada cual muy formalmente si llegará á oír el toque de retreta... Figúrate, por tanto, nuestro asombro cuando aquella noche nos encontramos dueños del *Monte Negrón* y con toda nuestra *impedimenta* pasada al lado de acá, sin haber perdido un solo hombre...”

—Pero ¿cómo sucedió eso?

“—Verás.—Dos días antes de esta operación (la tarde del 4), mientras que un Batallón sostenía al enemigo por la derecha, el general García había practicado un audaz reconocimiento á todo lo largo de la playa, entre sus arenas y las lagunas en que muere el río *M'nuel*, llamado también río *Capitanes*, llegando bajo una lluvia de balas hasta los primeros estribos del *Monte Negrón*.

”Un soldado de su escolta fué herido levemente; el caballo que montaba el bravo General recibió dos balazos, y el de uno de sus ordenanzas resultó también herido; pero, en cambio, había hecho un importantísimo descubrimiento.—

¡El *Monte Negrón* no moría inmediatamente en el mar, sino que entre las olas y la montaña quedaba una estrechísima faja de arena, que abría fácil acceso á estos otros valles!

"Deslizarse por aquella angosta playa; pasar por allí la Artillería rodada y todos nuestros bagajes; escaparse, como quien dice, lamiendo el pie de la fortaleza natural que cerraba el camino, ¡tal fué desde entonces el atrevido y dichoso pensamiento del general O'Donnell!

"El mismo General Jefe de Estado Mayor, como más práctico de aquel terreno que tan denodadamente había reconocido, se encargó de dirigir el movimiento, el cual se haría de manera que los Moros no comprendiesen nuestra intención sino cuando ya fuese tarde para contrarrestarla.—¡Ah! Si ellos la hubieran adivinado, sólo con arrojar piedras desde la altura sobre el arenoso pasaje, nos habrían causado horribles destrozos, imposibilitando el tránsito de nuestro Ejército.

"El general García, pues, emprendió la marcha antes de rayar la aurora, á fin de ganar tiempo á los desprevenidos Moros, seguido del SEGUNDO CUERPO (mandado interinamente por el general D. José Orozco), tres *Baterías de Montaña* y dos Escuadrones de *Lanceros*, avanzando todos lo más silenciosamente posible por en medio de las todavía densas tinieblas.

"Al romper el día ya habían atravesado el *Valle M'nuel*, y eran nuestras, una detrás de otra, las primeras colinas de la temida sierra en que se hallaban acampados los Moros, sin que éstos notaran que los estábamos flanqueando ó que ya los habíamos flanqueado...

"Un momento después, todas las cumbres que dominaban el camino estaban coronadas por los Batallones del SEGUNDO CUERPO; ¡y cuando los Moros se volvieron á Oriente para saludar al

Sol, que salía temblando por entre las olas del mar, lo primero que hirió sus ojos fué el reluciente brillo de nuestras bayonetas, que erizaban materialmente las alturas!

"Entretanto, nuestra Caballería había pasado ya al otro lado del *Monte Negrón* por la susodicha faja de arena; y los Ingenieros, con ese ardor é inteligencia que tantos elogios les valen todos los días, preparaban rápidamente cómodo camino á la Artillería rodada, la cual se deslizaba poco á poco por detrás de ellos, á la vista de los asombrados Musulmanes...

"Estos permanecieron largo tiempo sin saber qué hacerse, sumidos en la mayor perplejidad.—Su primera idea, la más obvia, debió ser indudablemente adelantarse á todo lo largo del monte, con dirección al mar, para arrojar á nuestras tropas de los puntos á que habían subido y estorbar el paso de las otras por la playa.—Pero también esto había sido previsto por el general O'Donnell, y el Cuerpo de Ejército del general Ros avanzaba ya valle arriba, como si intentara atacar el Campamento de los Moros ó situarse á su retaguardia.

"El enemigo no podía, pues, moverse sin grave riesgo de ser envuelto por el general Ros, quien iría á encontrarse con el SEGUNDO CUERPO detrás de *Monte Negrón*, dejando así encerradas este monte, las tiendas de los Marroquíes y todas sus fuerzas en una especie de círculo de hierro.

"Semejante estratagema era demasiado familiar á los Moros para que cayesen en la red, pues equivalía á la famosa *media luna* que constituye la base de su táctica, y que tan completos resultados les diera hace tres siglos contra el heroico é infortunado rey D. Sebastián... Guardáronse muy bien, por consiguiente, de avanzar hacia la costa; y, resignándose á dar por perdido el *Monte Negrón*, acudieron á impedir que continuase

avanzando el TERCER CUERPO, del que tenían intentase una embestida contra sus tiendas...

"El general Ros comprendió este recelo de los Moros; y, ciñéndose á las instrucciones que tenía del General en Jefe, los mantuvo en su error todo el día, simulando ataques y exagerando sus operaciones hacia la derecha; hasta que, á la caída de la tarde, cuando ya no vió en el valle ni un solo soldado de los demás Cuerpos de Ejército, emprendió una retirada habilísima, que los Moros no echaron de ver sino cuando el último Batallón del TERCER CUERPO tomaba el camino de la playa y se escapaba, como todo el mundo, por el desfiladero de arena.

"Tal fué aquella graciosa cuanto memorable jornada."

.....
 Comprendo que el anterior relato os haya sorprendido tan agradablemente como á mí.—Creo que no puede darse mayor fortuna ni mejor inteligencia de la Guerra...—¡Ahí tenéis una gran batalla ganada por el arte militar, sin derramamiento de sangre, y doblemente ventajosa, por tanto!

Ni terminan aquí las cosas notables que han ocurrido durante mi enfermedad.

Además de las mencionadas acciones del 4 y del 6, y de la que ayer 10 contemplé yo á lo lejos desde el vapor *Barcelona*, tenemos aún otra del 8.—Referiré ligeramente estas últimas, aunque no sea más que para conservar la ilación de la marcha de nuestro Ejército desde *Ceuta* á *Tetuán*, y para que mi DIARIO encierre la cronología completa de los hechos memorables de esta Campaña.

Pero antes permitidme que os cuente una interesantísima escena, ocurrida el día del paso de *Monte Negrón*, y la cual he oído referir lleno de orgullo, como español y como cristiano.

Fué el caso que cierta guerrilla nuestra divisó una humilde choza al pie del Monte, y corrió á ella, con el fin de saber si daba albergue á más ó menos enemigos agazapados.

En efecto: era así. No bien nuestros soldados estuvieron cerca de la choza, cuando salió de ella un Moro armado de su espingarda; hízoles fuego, aunque sin herir á ninguno, y huyó por las cumbres del Monte con dirección al Campamento mahometano...

Los nuestros siguieron avanzando impasiblemente hacia la choza; y ya tocaban á ella, cuando vieron aparecer á una mujer, joven aún y de rostro simpático, la cual llevaba de la mano á dos tiernos niños, que lloraban desconsoladamente, asiéndose á la pobre túnica de su madre.

Esta se adelantó hacia nuestros soldados pávida y llorosa, pidiéndoles piedad con reiteradas súplicas en palabras árabes que ellos no entendían, pero cuyo sentido tono llegaba á su corazón...

Los Españoles, por toda respuesta, abrieron sus morrales, sacaron galleta, y la repartieron entre la madre y sus hijos. En seguida hicieron seña á la agradecida mujer de que les siguiera por la montaña arriba; pusieronla á la vista de su esposo; indicaron á éste, también por señas, que bajase sin cuidado á recoger á su familia, y se despidieron de los asombrados Africanos, haciendo antes algunos cariños á los pequeños...

Estos reían y saltaban ya, comiéndose la galleta; el padre bajaba lentamente del Monte, como si le pesase sobre el corazón el remordimiento de haber disparado su espingarda contra aquella gente tan buena; la madre lloraba de gratitud y señalaba al cielo, repitiendo el nombre de *Alah*, y los sencillos Cazadores se incorporaban á su Batallón, contándose unos á otros

el hecho, como si no lo hubieran realizado juntos.

.....
 Conque vamos á la acción del 8, tal y como acaban de referírmela mis compañeros de tienda.

Sabéis ya que, después del paso de *Monte Negro*, nuestros soldados acamparon del lado acá de dicho promontorio, cerca de la playa, y los Marroquíes una legua más arriba, sobre la misma sierra.

Así se pasó la noche del 6.

La mañana del 7, y ya con un temporal horrible, levantó otra vez el vuelo nuestro Ejército, adelantándose entre la mar y las famosas *Lagunas de las sanguijuelas* (que tanto producto rinden al Emperador de Marruecos), hasta venir á colocarse en las colinas que preceden al pantanoso valle en que escribo, llamado *Río Azmir* por los Moros, y *Campamento del Hambre* por nuestras tropas.

El enemigo siguió paralelamente el movimiento, siempre á una legua de nuestro flanco derecho, plantando sus tiendas al mismo tiempo que nosotros, cual si ambos Ejércitos caminasen en busca de un terreno bien acondicionado para volver á medir sus fuerzas.

(Todos estos movimientos y los sucesos posteriores hasta el día 10, deben ya ser vistos al través del aguacero espantoso que ya conocéis.—Tenedlo en memoria, ahorrándome así continuas advertencias.)

El 8, á la una de la tarde, presentáronse algunos grupos de Moros por las alturas fronterizas al Campamento del SEGUNDO CUERPO, cuyo mando se había conferido la víspera al general Prim, á causa de la enfermedad del Conde de Paredes, entrando á mandar la DIVISIÓN DE RESERVA el general D. Leoncio Rubín.

El intento del enemigo parecía ser apoderarse de nuestras acémilas (que, por la escasez de ce-

bada, pastaban en los vecinos valles); y, para ello, fingió un ataque por el lado opuesto, ocupando unas alturas á nuestra espalda.

El general Prim adivinó aquel propósito, y, desentendiéndose por el momento de la falsa é inútil acometida, dispuso que el Regimiento de *Castilla* avanzase á ocupar los cerros de nuestro frente, mientras que los Cazadores de *Alba de Tormes* se encaminaban á los valles en que pastaban las acémilas.

Ya era tiempo: los rapaces Moros se habían apoderado de algunas caballerías y procuraban volver á ganar, sin ser vistos, los montes de la derecha. Pero una Compañía de dichos Cazadores, desplegada en guerrilla, obligóles con sus disparos á huir en precipitada fuga y á abandonar el robo.

Entretanto los enemigos se presentaban en mayor número que al principio, como si aquella ligera escaramuza les hubiese metido en ganas de pelear.—Rompiéron, pues, un fuego desordenado en varios puntos de una extensa línea, al que sólo contestaron nuestras guerrillas; pero con tal éxito, que tuvieron á raya toda la tarde á fuerzas muy superiores de Infantería y de á caballo.

Este tiroteo duró hasta después de las cinco, hora en que la Artillería del TERCER CUERPO metió algunas granadas entre la Caballería enemiga, cuya extraordinaria movilidad fatigaba á los de *Alba de Tormes*.—Convencidos entonces los jinetes árabes de que nuestros proyectiles corrían más que los mejores caballos, tuvieron por conveniente volver á su Campamento, llevándose por delante á su castigada Infantería.

Nuestras pérdidas fueron un soldado muerto, dos oficiales y veintiocho soldados heridos, y diez contusos, entre ellos un oficial.

.....

El combate de ayer, 10, fué mucho más serio, aunque bastante parecido al anterior.

El teatro era el mismo, é igual también el plan de ataque y defensa de ambos Ejércitos; pero todo se verificó en mayor escala, constituyendo un hermoso triunfo para nuestra Bandera.

Según me refieren, este combate (que nosotros vislumbramos desde el vapor *Barcelona*) dejará memoria por las brillantes acometidas de los Batallones de *Castilla* y de *Toledo*, quienes cargaron en masa á un mismo tiempo por dos puntos distintos, arrollando cuanto encontraron delante y entrando cinco veces á la bayoneta, dos de ellas contra la Caballería marroquí.

Los generales Prim, Orozco y D. Enrique O'Donnell dirigieron este audaz movimiento, que decidió de la acción, siendo tan completo nuestro triunfo, que, contra la costumbre de los Moros, ni uno solo persiguió á nuestras tropas cuando éstas se retiraron á la noche de las remotísimas posiciones que habían ocupado.

Nuestras bajas fueron bastantes; pero las eclipsa la gloria que alcanzaron los Regimientos de *Castilla* y de *Toledo*.—Y, por lo demás, los ciento sesenta heridos y trece muertos que tuvimos que lamentar, costaron á los Moros quintuplicadas pérdidas; pues, aparte de las que les causó nuestra Infantería, hubo momentos en que treinta y cuatro cañones vomitaron á la vez sobre el enemigo una verdadera lluvia de granadas.

¡Y, sin embargo, volverán!

.....
Conque henos ya al corriente de todo lo acontecido durante mi ausencia del Ejército.

Hoy no ha ocurrido novedad digna de mención, como no sea el desembarque de víveres de que ya hemos hablado.—Puedo, pues, daros las buenas noches.

¡Ah! Se me olvidaba... El guardia civil me ha regalado mi caballo, ó, lo que es lo mismo, me ha perdonado generosamente el fabuloso precio de la fanega de cebada.—He vuelto, pues, á abrazar á mi pobre *Africa*, no como señor, sino como amigo.

¡Nadie sabe cuánto llega uno á amar en la guerra á su caballo; á éste compañero de penas y fatigas, tan humilde y resignado para servirnos, como valeroso y soberbio en la pelea; que participa de todos nuestros peligros, y que no disfruta ninguna de nuestras glorias!

.....
Aun cojo la pluma por segunda vez, después de haberla soltado, para deciros en confianza que, prescindiendo del patriotismo y de la poesía, mi calabozo alfombrado de *Ceuta* era mucho más confortable que mi templo pantanoso de *Río Azmir*...

¡Qué frío!, ¡qué viento!, ¡qué humedad!..., y ¡qué mala cena!

Sin embargo, prefiero dormir aquí.

XXV

El *Río Azmir*.—Curiosidad del poeta.—Nostalgia del hombre.—Otro combate.—Más prisioneros.—Preparativos de marcha.—Conjeturas.

12 Enero, por la mañana.

Río Azmir...—Así se llama (según parece) el pantanoso valle que dominan nuestros Reales, y con tal nombre se aparecerá toda la vida á la imaginación de los que han padecido ó batallado en estos sitios.—¡Dos combates, y el que principiará dentro de una hora (pues los Moros empiezan á asomar por las alturas); un temporal sin ejemplo; las privaciones y las enfermedades

que aquí se han sufrido, son recuerdos imperecederos que pasarán de padres á hijos, y que la Historia inscribirá en sus páginas!

Por lo demás, muy pronto (quizá mañana) abandonaremos estos lugares, que ya no volveremos á ver sino en sueños. Sus fragosos montes y anchos pantanos seguirán solitarios y desatendidos. Una vez dominado *Cabo Negro*, nos encontraremos en país habitado, entre una ría navegable y una ciudad populosa, en contacto inmediato con nuestras naves y cerca del término de nuestra peregrinación.

Entonces acabará el laborioso prólogo de esta Campaña.—Dígolo, porque ni las acciones dadas en el *Serrallo* y *Sierra-Bullones*, ni la misma batalla del día 1.º de Enero nos han revelado por completo la índole, el número ni los planes de los Marroquíes. Vendrán, pues, sucesos y espectáculos que nos hagan olvidar estos accidentales campamentos. El verdadero drama no ha principiado todavía. La curiosidad del artista y del poeta ha carecido, por lo menos hasta ahora, de emociones y misterios extraños á la civilización del Occidente. Aparte de los mismos Moros, de sus trajes y fisonomías, de su aspecto exterior y manera de combatir, nada hemos encontrado que nos sorprenda y maraville, sino montes desiertos y algún que otro Morabito arruinado. Los hogares, los muebles, las costumbres, los niños, las mujeres, las tierras cultivadas, la religión, la industria, la mayor ó menor civilización de estas gentes, su vida, en fin, es aún para nosotros un secreto.

Hablo como vulgo, como humilde soldado; prescindo de lo que haya podido leer en otros tiempos acerca de este país; olvido completamente lo aprendido, desconfío de ello.—Yo vengo aquí, como la generalidad de mis compatriotas, libre de prejuicios, desprovisto de datos,

decidido á no subordinar mi criterio al ajeno, dispuesto á observar por mi propia cuenta, á creer solamente lo que vea y toque, á reflejar sencillamente aquello que me salga al paso, sea regla ó excepción, mera apariencia ó indubitable realidad.

Yo, por mí, no sé más sino que en España hubo Moros durante setecientos años; que vivieron en mi pueblo nativo; que creían en Mahoma; que lo escribieron así sobre los muros de la Alhambra; que los Reyes Católicos los destronaron; que Felipe III los arrojó de la Península, y que se refugiaron aquí, donde tenían su parentela.—Recuerdo además que mi imaginación de niño se forjaba á los Musulmanes y su vida y costumbres de un modo determinado y preciso, cuyos componentes eran: trajes blancos, talares; rostros atezados; ojos de fuego; barbas negras; lujosas armas; indolentes posturas; muelle existencia; voluptuosas danzas; techos calados; columnatas aéreas; blandos cojines; frescos patios; aguas bullidoras; silenciosas mujeres; humeantes pebeteros; aire cargado de terror y de leite; calor, silencio, puñaladas, caricias...

Averiguar si en pleno siglo XIX puede la realidad corresponder á tanta poesía, tal es mi curiosidad en Africa, tal el empeño de mi imaginación, por más que mi corazón de Español y de soldado persiga ideales más severos.

Ahora bien: cuanto llevo observado hasta ahora confirma mis ilusiones y esperanzas...—El misterio musulmán subsiste todavía, y mañana ó pasado mañana, al dar vista al valle de *Tetuán*, empezará á hablar la esfinge sarracena!

.....
Pero volvamos á lo presente.

Los Moros siguen coronando los vecinos montes, y los indicios de un próximo combate son cada vez más seguros.

El General en Jefe sale de su tienda con los anteojos en la mano; busca un punto que domina todo el espacio en que puede entablarse la acción, y se pasa veinte minutos estudiando la disposición del terreno, las idas y venidas del enemigo, su número y sus intenciones.

Entretanto, cunde por el Campamento la noticia de que va á haber fuego; pero no cunde en son de alarma, ni rápida y atribuladamente, sino de un modo natural y sencillo, como si se tratara de que el tiempo amenazase lluvia.

Esta comparación es exactísima.—Mirad, si no, á los soldados y á los oficiales consultando las montañas, como pudieran consultar la atmósfera.—Casi todos han salido de sus tiendas, ó avanzado á los parapetos, desde donde examinan el horizonte.

Los asistentes, sin que nadie lo mande, empiezan á ensillar los caballos; otros se apresuran á hacer el almuerzo, y algunos se frotan las manos con cierto gusto, adivinando que su capitán ó su coronel pasarán todo el día fuera de casa, y que ellos, con motivo de tener que guardarla, se quedarán campando por su respeto.—En cambio, otros, más guerreros que marmitones, abandonan el fogón y requieren sus armas, contando con que sus *amos* les permitirán tomar parte en la refriega.

En esto, el General en Jefe ha formado ya juicio acerca del ataque que medita el enemigo y del plan más conveniente para rechazarlo.

Dos ó tres de sus ayudantes parten con órdenes para los Generales de Cuerpo de Ejército.—En su consecuencia, uno se pondrá sobre las armas; otro permanecerá indiferente como si no hubiera acción; éste adelantará fuerzas á tal altura; aquél las situará donde no las vea el enemigo hasta cierta hora, etc., etc.

Mientras tanto, los Moros no pierden su tiem-

po.—Largas y tortuosas hileras de blancos fantasmás se deslizan por entre las rocas y los árboles, fraccionándose en pequeños grupos; todas las alturas y laderas importantes son abarcadas por su extensísima línea semicircular; algunos jinetes con banderines corren por valles y cerros transmitiendo órdenes, y el *Cuartel General*, ó como se llame entre ellos, se sitúa lejos del alcance de la fusilería, sobre un punto que domina el campo de batalla, y del cual no se moverá... hasta que lo echemos á cañonazos.

¡Atención! Nuestras cornetas empiezan á tocar *llamada y tropa*...

Armase un verdadero remolino en los campamentos. Los soldados, revueltos y confundidos antes, corren en varias direcciones buscando su fusil y su manta.

No todos los Cuerpos son llamados á las filas... Por eso cada uno tiene su contraseña de corneta, y al oír el toque todo el mundo pone el oído al viento...

—*¡No es á mí!*...—dicen algunos, sin alegrarse por ello, y tornando al grupo de los ociosos...

—*¡Eso va conmigo!*...—exclaman otros sin entristecerse...

Y corren hacia una muerte muy posible, sin decir "adiós" á sus compañeros.

Ya se ven muchas masas compactas y uniformes, alineadas del propio modo que sus respectivas tiendas...—Las bayonetas relucen al Sol, formando grandes cuadros de acero.—Un silencio solemne ha sucedido al alboroto de la holganza.

Algunos coroneles y comandantes andan á caballo de un lado á otro, disponiendo el orden de salida de las tropas, eligiendo las que han de marchar delante y las que han de ir de reserva, designando su puesto á las guerrillas, situando los Batallones de modo que se muevan y desen-

vuelvan desembarazadamente, y dando tiempo á los que no han comido el rancho de que tomen un frugal desayuno, con el fusil en una mano y la cuchara de boj en la otra.

La Artillería, por su parte, monta los cañones sobre las mulas ó engancha los tiros á las Baterías *de posición*, y pasa una ligera revista de municiones. Los Ingenieros cogen sus herramientas, para abrir caminos en caso necesario. Los facultativos se cuelgan sus grandes carteras, provistas de instrumentos quirúrgicos, hilas y vendajes. Alístanse los botiquines. Los capellanes sacan de su pecho la imagen del Crucificado. El dibujante afila sus lápices. El cronista escribe en su libro la fecha y la hora en que principia la nueva acción. Las *camillas*, en fin, son armadas en un momento.—¡Nada falta ya para dar principio al espectáculo!

.....
Una hora después.

Son las doce y media de la mañana; hace un apacible y esplendoroso día de Sol; la temperatura convida al esparcimiento por los campos, á las excursiones deleitosas, al amor y á la dicha.

El mar, el cielo, los húmedos y verdes prados, todo reverbera una plácida luz que predispone el alma al olvido de las penas y á la esperanza de otros venturosos días...

Es la hora de pasear en Granada por la Carrera de las Angustias ó de tomar el Sol en el camino de Huétor; la hora de seguir por los bosques de naranjos de las *Delicias de Arjona* á las arrogantes sevillanas; la hora de lucir un caballo inglés por la Fuente Castellana de Madrid, ó de buscar la soledad con una mujer querida, ya por la *Ronda*, ya por la Moncloa, dejando parada la berlina en alguna alameda melancólica y desho-

jada. Es la hora de salir de casa, limpio, paquete, rozagante, con el segundo cigarro del almuerzo entre los dedos, y la apuntación en el bolsillo de las visitas agradables que se pueden hacer. Es la hora, es la estación, es el día propio para recibir miradas de amor, ó para acompañar á tiendas á la reciente esposa, ó para llevar á los pequeñuelos al *parterre* del Retiro, ó para tenderse perezosamente en solitarias praderas y colocar sobre la marchita hierba el libro predilecto ó el pliego de papel blanco que ha de convertirse en una anacreóntica...

¡Oh Patria! ¡Oh, dulce nombre! Aire, luz y cielo que presenciasteis mis pasadas agitaciones; astros eclipsados en el horizonte de mi vida..., amores, esperanzas, entusiasmos, llantos y furores..., ¡heme aquí separado de vosotros por el mar, sin otra felicidad que la bárbara armonía de los combates, sin lágrimas en los ojos ni blandura en el corazón; sentado en la hierba de un suelo enemigo, cuya posesión tenemos que disputar con las armas á sus dueños; escribiendo estos renglones en mi álbum de viaje, en tanto que comienza una nueva lucha, y sólo dispuesto á comprender y elogiar la ira, la fuerza, el exterminio y la crueldad!...

Pero ya suenan los primeros tiros...—Adiós, amigos... Hasta la noche... ¡Y perdonad al pobre soldado el que se haya acordado un momento de que es poeta!

A las ocho de la noche.

¡Adelante, por Cristo y por Santiago!—¡Estoy de un humor excelentísimo!... ¡Buena lección acaban de recibir los Moros!

¡Oh, sí!... La jornada de hoy ha sido magnífica.—¡Y mejor aún será la que nosotros preparamos para dentro de un par de días!—¡Decidi-

damente, los combates afortunados constituyen la verdadera alegría de la Guerra!

Ahora son las ocho de la noche: es decir, hace dos horas y media que anocheció, y éste es el momento en que regresa el general Prim á nuestro Campo.

El incendio de algunas chozas próximas al Campamento marroquí ha alumbrado la vuelta de nuestros victoriosos Batallones, verificada con el mayor orden, á pesar de que emprendieron la retirada mucho después de anochecido.

Los pertinaces Moros, que con tanto aparato vinieron á atacarnos esta mañana, han sido corridos por el bravo Conde de Reus, que no los ha dejado descansar, llevándolos de monte en monte y de barranco en barranco hasta legua y media de nuestras avanzadas.

¡Y milagro es que tan pronto hayan vuelto nuestros Batallones! Los soldados, cerca ya de anoecer, distinguieron el Campamento enemigo como á media legua de distancia, y, lo mismo que en la batalla de los Castillejos, entraron en codicia de apoderarse de él...

Ha sido, pues, necesaria la experiencia de lo ocurrido aquel día para no ceder á la tentación y al deseo manifiesto de las tropas. Pero el Conde de Reus oyó los consejos de su buen sentido, y, viendo que era de noche y que estaba muy alejado de sus trincheras y del camino que ha de seguir el Ejército pasado mañana para ganar á *Cabo Negro*, despidióse con pena de aquellas blanquísimas tiendas cónicas que, por segunda vez en esta campaña, le convidaban al asalto, y tomó pensativo el camino de su tienda, á *retaguardia* de sus Batallones, cuya vanguardia ocupaba siete horas antes, cuando iba en busca del enemigo.

Estas siete horas han sido de tribulación para los temerarios Islamitas. — Yo no los he visto

huir ningún día tan desesperadamente como hoy.—Mientras que la acción estuvo limitada á un tiroteo de guerrillas, la actitud de sus infantes y jinetes fué audaz y decidida como en todas ocasiones; pero desde que sonó el toque de ataque y los Batallones de *Arapiles* y *Llerena* se lanzaron á todo correr en pos de ellos, kabilas y Moros de rey, peones y caballeros, apelaron á la fuga, seguidos de nuestros bizarros Cazadores.

¡Vive Dios que era un magnífico espectáculo! Por la primera vez veía yo á nuestras tropas atacar en masa...—Figuraos seiscientos ú ochocientos hombres, formando un cuadro perfectamente, moviéndose como un solo sér, corriendo sin descomponerse, subiendo y bajando á merced del terreno, y arrollando cuanto se opone á su camino...—Hay momentos en que imagináis estar mareado, pues veis caminar la superficie de la tierra; otros en que os parece que el Batallón va embarcado en un extenso trineo; otros, en fin, en que, al ver relucir y marchar tantas bayonetas hacinadas, recordáis las torres y catapultas de las antiguas guerras.

Dos han sido los Batallones que han atacado de esta manera en la acción de hoy: *Arapiles* y *Llerena*; los mismos que ya he mencionado.—En la acción del día 10 ofrecieron, según me dicen, el mismo imponente aspecto los de *Toledo* y *Castilla*, y, en una y otra acción, á voto de los oficiales extranjeros que van entre nosotros, nuestra Infantería ha eclipsado á todas las de Europa por el orden, brío, ligereza y marcialidad del ataque.

¡Oh! ¡Si supierais cómo electrizan el alma y enardecen el corazón tales momentos! El vehementemente alarido de las cornetas hace perder el juicio; los *vivas* á España y á cuanto la representa inundan el pecho de afectuoso y santo júbilo; los estampidos de la pólvora entonan y vigorizan

zan los nervios; la carrera precipitada dilata y enciende la sangre en las venas; la proximidad del enemigo anima al brazo de tal modo, que parece que vive y palpita uno hasta en la punta misma de su espada. Si vais á pie, á cada paso creéis haber hecho esclava vuestra á la tierra que dejáis atrás; si vais á caballo, se os figura que el noble bruto experimenta lo mismo que vosotros, y que ni siente la fatiga, ni el hambre, ni el castigo, sino que desprecia las balas y la muerte, se cree superior á toda resistencia, y no se ve en el campo de batalla otro peligro que la ignominia del ocio ó la vergüenza de la fuga...

¡Grato es cenar, por mal que se cene, después de experimentar todas estas cosas, y, en verdad sea dicho, no comprendo cómo estaba yo de mal humor esta mañana!... ¿Qué dicha mayor, para el que leyó febril y enternecido la *Iliada* ó la *Jerusalén*, el *Robinson* ó *La Araucana*, *Los Lusitadas* ó la *Conquista de Méjico*, que ver presentes y vivientes aquellas empresas extraordinarias, aquellas lides con misteriosos ejércitos, aquellas aventuras de los paladines de Cristo en tierra infiel, aquellas luchas con la Naturaleza y con lo desconocido, aquellos poemas, en fin, en que todo se sacrificaba á la gloria?

Pero os hablaba de cenar...—Esto quiere decir que tengo mucha hambre, y que os escribo mientras allá guisan un potaje que, si lo vierais, os haría llorar, no comprendiendo que personas medianamente criadas lo consideren una especie de ambrosía, digna de los inmortales del Olimpo...—Basta, pues, de música celestial, y acabemos por hoy.

Nuestras pérdidas han sido un muerto y cien heridos...—Las del enemigo, tremendas.—Sólo la Artillería les habrá hecho arrepentirse de su nueva intentona! Todos hemos visto caer nuestras granadas en medio de su Caballería, ha-

ciendo rodar á hombres y bridones en espantosa confusión...

Recuerdo, en particular (por lo fantástico del asunto), un caballo blanco, herido y sin jinete, que ha estado toda la tarde de pie y sin moverse en lo alto de una colina...; Si vierais qué efecto hacía aquel pobre animal, inmóvil y como petrificado, sobre la redonda cumbre de la montaña, destacando su trágica silueta en los esplendores del crepúsculo! Parecíase á *Pegaso*, pronto á remontar su vuelo; ó parecía más bien el monumento conmemorativo de una batalla perdida por algún gran pueblo, y recordé aquellos versos de Dante en que compara á Italia á un caballo ensillado y apercebido á la lucha, pero sin dueño que lo guíe á la victoria...

Mas sin querer vuelvo á la poesía...—Torneemos á la realidad, y, pues que se tarda la cena, hablemos de otra cosa que os interesará mucho.

En el combate de hoy se han hecho tres prisioneros.—A los tres los he visto, y á cuál me ha maravillado más.

El primero fué un adolescente, casi un niño; pero fuerte ya y recio como una encina de pocos años.—Tres soldados le trajeron á la presencia del General en Jefe, abriéndose paso con dificultad por entre un remolino de curiosos que se agolpaba á contemplarlo.

Venía herido de bala y de bayoneta; toda su vestimenta se reducía á un jaique que había sido blanco; su cabeza, descubierta y pelada, estaba materialmente bañada en sangre, y una de sus orejas colgaba sobre el hombro de una manera horrible.

Era mulato, pero de rostro bello y expresivo. La fortaleza de sus miembros y su atroz apostura sólo podían compararse á la inocencia de su límpida mirada y á la suavidad de su semblante infantil.—Tendría, á lo más, diez y seis años.

El pobre mozo olvidaba sus hondas heridas en medio de la curiosidad infantil que le infundía nuestro Campamento. Marchaba por su pie, con cierta impavidez indeliberada y sencilla, como si para él fuese cosa natural ver destrozado su cuerpo; y, lejos de quejarse, sonreía con gracia á nuestras tropas...

Ya cerca del Cuartel General de O'Donnell, ocurriósele á un soldado que el prisionero debía de tener hambre; y le alargó una galleta, diciéndole en español, como si el Marroquí hubiese de entenderlo:

—¡Anda, cómetela, que no tiene nada malo!...

El joven Musulmán no había esperado á que le instasen, y devoraba ya con ansia la galleta.

A mí me causó admiración y lástima aquel inocente hijo de lobos, que á tan tierna edad se batía ya por su patria con heroísmo, sufría el hambre con indiferencia, derramaba su sangre sin reparar en ello, penetraba por entre nuestras tiendas sin recelo alguno, y comía tranquilamente el pan del enemigo, bendiciendo acaso al que se lo diera.

Así llegó delante del General en Jefe.

O'Donnell empezó por sonreirse benévolamente, como todo el mundo, al encontrarse enfrente de semejante militar.

—Pero, hombre, si esto es un niño...—exclamó, volviéndose á su Estado Mayor.

El Marroquí, entretanto, miraba á un lado y á otro, sin apartarse la galleta de los dientes.

—¿De dónde eres?—le preguntó el General por medio del intérprete Rinaldy, no menos niño que el prisionero.

—Nací cerca de Orán—respondió el mulato.

—¿Y han venido muchos contigo?

—Pocos—contestó el herido, mordiendo siempre la galleta.

—¿Y allá arriba? ¿Hay mucha gente?—pre-

guntó O'Donnell, señalando al lugar del combate.

—Poca, muy poca.

—¿Y en Tetuán?

—Poca también.

—¡Vaya! (exclamó O'Donnell, sonriéndose). ¡Aunque tan joven, sabes tu obligación!

—Te digo que hay poca—repitió el prisionero, sonriéndose á su vez.

—¡Nos es igual!...—exclamó graciosamente el Conde de Lucena.

En seguida continuó:

—¿Tenéis muy lejos vuestro Campamento?

—Cerca..., cerca..., cerca...—contestó el astuto Moro, mirando hacia Poniente, y como atrayendo los sitios con un ademán lleno de expresión.

—¿Y cómo se llama el General que os ha mandado hoy?

El Marroquí vaciló un momento.

El intérprete repitió la pregunta dos ó tres veces.

—Muley-el-Abbas, el hermano del Emperador—respondió al fin el joven, con visible respeto.

—¡Gracias á Dios que has dicho algo que sea cierto! (repuso O'Donnell.)—Anda, y que te curen.

Y volviéndose á los soldados que lo habían traído:

—¿Quién cogió este prisionero?—preguntó afablemente.

—Mi General (dijo un cabo, terciando con gran respeto en el asunto): primero lo hirió aquél; luego lo persiguió éste, y por último le echó mano este otro.

O'Donnell mandó recompensar á los tres, y volvió á la trinchera reposadamente.

.....

Al segundo prisionero lo vi en el Hospital de sangre.

Tenía destrozado el muslo derecho, y debía de padecer mucho.—Era un verdadero Moro, esto es, un Moro de novela. Su cabeza bellísima estaba pálida como la muerte. Sus ojos negros miraban con recelo y amargura. Sus dientes de marfil, apretados convulsivamente, no dejaban escapar ni el más leve grito. Tenía una hermosa barba, negra como el azabache, y vestía con cierto lujo: calzón blanco, ropón encarnado y jaique de lana un poco ceniciento.—Su espingarda, también lujosa, estaba aún en manos del soldado que lo había herido y hecho prisionero.

Primero pidió agua y luego pan, alegando que no había comido hacía dos días.

Mientras le curaron la fractura del fémur miraba ansiosamente al facultativo, como significándole que le mortificase lo menos posible; y los soldados que asistían á esta escena (esperando á que curasen á los Moros para mostrar sus propias heridas) exclamaban con generosa naturalidad:

—¡No le haga usted mucho daño, que es un valiente!

El médico, por su parte, le sonreía con bondad; le enjugaba el sudor del rostro; le daba á oler sales vivificantes, y empleaba en la operación el mismo cuidado que si se tratara de un hijo suyo...—¡Fué tal esta escena, que el duro y salvaje prisionero sintió ablandarse su bárbaro corazón, y, cogiendo la mano del facultativo, se la besó repetidas veces!

.....
El tercer prisionero era un anciano de blanquísima barba y austero semblante.

Venía agonizando, y la cura de la ancha herida que le atravesaba el pecho acabó de agotar sus fuerzas.—¡Tampoco se quejaba!

Una vez terminada la dolorosa operación, el viejo Moro se envolvió en la manta con que lo cubrieron, y se acomodó en la camilla como un hombre que se dispone á dormir...

Poco después fué á preguntarle un intérprete si quería algo, y le encontró inmóvil y frío como una estatua.—Estaba muerto.

Conque hasta mañana, que *la sopa está en la mesa*; ó, por mejor decir, el potaje está en el suelo.

Día 13.

Lo pasamos racionándonos y disponiendo armas y bagajes para el ataque y paso de *Cabo Negro*.

La mar está tranquila, y nuestros buques han descargado ya sobre esta playa montes enteros de sacos de arroz, de cajones de galleta, de cajas de municiones y de fardos llenos de tocino, bacalao y otros preciosísimos artículos...

Decididamente partiremos mañana antes de ser de día.

Imaginaos, pues, la doble expectativa de temor y curiosidad que nos agitará hoy á todos...—Mañana va á romperse el enigma... Mañana á estas horas ya habrán visto á lo lejos á *Tetuán* los que nó hayan cerrado sus ojos á la vida en las fragosidades de *Cabo Negro*.

¡*Tetuán!*...—He aquí la Atlántida que perseguimos hace dos meses; he aquí el término de nuestra peregrinación; he aquí la ciudad que se nos aparece en sueños todas las noches.

—Por *Tetuán* hallaremos el camino para volver á España—dicen unos.

—Por *Tetuán* ascenderá España á la cumbre de su gloria—exclaman otros.

—En *Tetuán* terminará la guerra—opinan algunos.

—¡*Tetuán*, ó la muerte!—murmuran todos.

Considérese, pues, el afán que sentiremos por llegar á la cúspide de esos montes, por asomarnos al próximo valle, por fijar los ojos en la ciudad ansiada, en la ciudad prometida...

Aparte de esto (y aquí entra la parte de temor), el paso de *Cabo Negro* ha de ser disputadísimo.—Los Moros habrán conocido que anduvieron muy torpes en la defensa de *Monte Negrón*, y tratarán de remediar mañana su falta.—Por otra parte, ahora no cuenta el general O'Donnell con un istmo de arena por donde pasar la Artillería rodada y todo el Ejército, valiéndose de estratagemas y simulados ataques; pues *Cabo Negro* se levanta como una muralla cortada á pico sobre el mar, y está adherido por el otro lado á Sierra Bermeja.

Será, pues, menester asaltarlo de frente, abrirse paso á viva fuerza, buscar el desfiladero más suave, construir un camino para la Artillería..., y todo ello bajo el fuego del enemigo... ¡Es, ni más ni menos, el paso de las Termópilas; y los Moros no son trescientos, como los Espartanos que acaudilló Leónidas, sino millares y millares, que se aumentan diariamente!

¿Y después?—Después... lo desconocido!—Desde que se pensó en esta Guerra estamos oyendo hablar de legiones fabulosas de Caballería árabe.—Al salir de *Ceuta* se nos anunciaban doce mil negros de la Guardia del Emperador.—Al avistar el *Llano de Castillejos*, ya se nos había hecho esperar doble número, que por cierto no pareció por ningún lado, ó que se convirtieron en infantes á causa del terreno.—Y desde entonces hasta hoy, hemos llegado á oír hablar de veinte mil jinetes Arabes, de treinta mil, hasta de cuarenta mil, contando á las kabilas y á los *bereberes*...

Nada de esto se ha realizado todavía... Dos mil, tres mil caballos: he aquí lo más que hemos

visto hasta ahora, siempre mezclados con numerosas huestes de Infantería y batiéndose á tiros como ella...

Pero se dice que esto ha consistido en lo quebrado de las sierras, y que las grandes masas de Caballería, la Guardia Negra, los belicosos jinetes del Riff, los nobles caballeros de Fez y de Mequinez nos aguardan reunidos en el anchuroso *Llano de Tetuán*, en número de treinta y cinco mil...

¡Treinta y cinco mil caballos!—¡Verdaderamente serán dignos de verse, sobre todo teniendo en cuenta los elegantes albornoces y gallardo cabalgar de los Marroquíes!...—Pero, ¡diablo!; ¿quién los resiste, aunque sólo sean veinte mil?

—*¡El cuadro!* (responden tranquilamente los veteranos). *¡El cuadro de Infantería!*

Y todo es hablar de Isly, de las Pirámides, de Alma, de Balaklava y de otras batallas famosas...

¡El cuadro!—Pero éste es otro problema.—Yo os hablo con mi franqueza acostumbrada... ¿Mantendrán el *cuadro* nuestras tropas, nuestros quintos de veinte á veintitrés años?

—Un solo soldado que flaquee; uno solo que deje brecha en la muralla de acero; una leve vacilación; un instante de perplejidad y bullicio, acaba con el *cuadro* y con cuantos se encuentren en él...

Esto dicen también los veteranos.

—El *cuadro* (continúan) es una apretada masa de hombres, que presenta cuatro caras de bayonetas, cuatro líneas de fuego. Una pieza de artillería ocupa cada ángulo. La música, la Sanidad y los Jefes se encierran dentro. Al aproximarse la Caballería contraria, se la espera á pie quieto. Si envuelve, si rodea completamente el *cuadro*, tanto peor para ella, con tal que nadie se mueva de su sitio. Si los enemigos se acercan por todos lados como desatados huracanes, se les deja lle-

gar. Una vez vistos á tiro, la primera fila de cada frente se arrodilla, después de hacer fuego, y aguarda el choque con la bayoneta calada. La segunda fila dispara entretanto; y mientras ésta carga, hace fuego la tercera por entre las cabezas de la segunda.—Toda la Caballería del mundo no es bastante á asaltar esta formidable fortaleza.—Poco importa su número. Los primeros jinetes y caballos que ruedan por el suelo sirven de estorbo á los que vienen detrás, y á la segunda ó tercera arremetida, ya se ha formado un parapeto de cadáveres alrededor del *cuadro*. Rara es la vez en que éste llega á usar de la bayoneta; pero, aun en ese caso, si la Infantería se mantiene firme, la misma violencia de los acometedores hace más segura su muerte, pues se clavan en el muro de acero de la primera fila, mientras que las otras los asan á boca de jarro. Ahora, ¡si flaquea una fila, si se entreabre, si no se llena instantáneamente el hueco que deja cada infante herido, si penetra un solo caballo enemigo dentro del *cuadro*, la turbación, el desorden y el tumulto sobrevienen en seguida; trábase un combate informe y desigual; mézclanse los combatientes de uno y otro bando, y la derrota de la Infantería es inevitable, total, aterradora!

Ya veis si hay razón para estar impacientes y hasta preocupados.—Resistan nuestras tropas á esta última prueba, y la Campaña de Africa es cuestión decidida y fallada en nuestro favor!

Hasta aquí los soldados han dado grandes muestras de arrojo y de impetuosidad... ¡Si su valor pasivo, ó, por mejor decir, su confianza en la ciencia de sus jefes, raya á igual altura, podremos ir con ellos hasta el fin del mundo, abriéndonos paso por entre mares de hombres!

.....
Revolviendo en la mente éstas y otras conje-

turas, vemos llegar la última hora de la tarde. Ya están hechos los equipajes y repartidas seis raciones por cabeza.

Entretanto los Ingenieros improvisan un puente de barriles sobre el río *Azmir*, cuya operación terminarán esta noche á la luz de la Luna.

El general de Marina Bustillo (que ha reemplazado en el mando de la Escuadra al general Díaz Herrera) se dirige en el vapor *Vulcano* á la rada de Tetuán, llevando á bordo al general Makenna, segundo Jefe del Estado Mayor General del Ejército, á fin de reconocer la ría y llanura de Tetuán.—Algunos cañonazos suenan allí, á los pocos minutos de doblar el *Vulcano* la punta de *Cabo Negro*; pero no tarda en regresar nuestro buque sano y salvo, después de cumplido su intento.—El fuego de cañón que hemos escuchado lo ha sostenido con una batería que defiende la entrada de *Río Martín*.

El Estado Mayor y los ayudantes de los Generales no cesan de llevar órdenes é instrucciones á todos los Cuerpos.

Las tropas se municionan cuidadosamente, después de haber descargado y limpiado sus armas.

Compónense las *camillas* rotas; embárcanse los enfermos, aun los que ofrecen menos cuidado; provéense de nuevo los botiquines; alístanse las mermadas acémilas; inutilízanse las chozas y cuadras construídas durante la semana que ha permanecido aquí el Ejército; desaparecen las cantinas y los fonduchos plantados por algunos impertérritos negociantes que han unido su suerte á la nuestra; échase doble pienso á los caballos; vístese de limpio quien tiene posibilidad de hacerlo, y, finalmente, acuéstase todo el mundo con la *toilette* de guerra:—con la espuela calzada los jinetes; con la bayoneta al cinto los infantes.

La *orden general* es arrancar nuestras tiendas á las tres de la madrugada y pasar el río *Azmir* antes de que despunte la luz del día.

XXVI

Acción y paso de *Cabo Negro*.—Un *aduar*.
Divisamos á *Tetuán*.

Día 14 de Enero.

"Descendía ya el Abencerraje por la *Cuesta de los Almendros*, admirando la luz inmensa de aquellos horizontes interminables que se agrandan y multiplican á cada paso desde aquel punto. Deseaba ver á Granada antes que el sol cayese del todo... La ciudad de las mil torres se presenta á sus ojos, como por encanto, toda entera. ¡GRANADA!, gritó el gulf, agitando en el aire su sombrero. Aben-Hamet quiere hablar y no puede; dos torrentes de lágrimas obscurecen su vista; el sol se pone; el cañón de la fortaleza anuncia el fin del día; la ciudad va á cerrarse pronto."

(CHATEAUBRIAND.)

Hago el primer alto á un cuarto de legua del lugar en que hemos estado acampados estos últimos días.

El camino que he seguido hasta aquí corre por la misma orilla del mar, entre sus vívidas ondas y las inmóviles aguas de las lagunas del *Azmir*.

Apenas es de día.

El Ejército está en movimiento hace cerca de dos horas.

Delante de mí distingo todo el SEGUNDO CUERPO (diez y seis Batallones), marchando en ordenadas Columnas.—Pronto llegará á los primeros estribos de *Cabo Negro*.

Detrás de mí quedan el TERCER CUERPO y el

de Reserva, la Artillería rodada, la Caballería y los equipajes.

El General en Jefe y su Cuartel General pasan en este momento el puente de barriles de que ya he hablado.—Los aguardaré aquí, donde estoy enteramente solo, en medio de una extensa playa, escribiendo sobre el arzón del caballo...

El día amanece claro y apacible; pero creo que lloverá esta tarde, según el color de algunas nubecillas.

En el suelo de esta desierta playa yacen tendidos de trecho en trecho algunos soldados del SEGUNDO CUERPO, que se han quedado rezagados por serles imposible seguir la marcha...—El color de su rostro basta á justificar su conducta. ¡Están atacados del cólera!

Y ¡qué lástima causa verlos, acostados cerca del camino; tapada la cara con el ros (como si se avergonzasen de su mala suerte y no quisiesen ser conocidos); reclinada la cabeza sobre el fusil (ya inútil), que tan cuidadosamente prepararon anoche; vencidos sin gloria; derribados antes de la lucha, y confiando en que los Batallones que vengan en pos de ellos los recogerán y trasladarán á bordo de alguna nave!...

A propósito de naves: parte de nuestra Escuadra ha emprendido también un movimiento paralelo al de las fuerzas de tierra, y se dirige hacia la Ensenada de *Cabo Negro*, donde recibirá esta noche los heridos y el parte de la acción que hemos de reñir; cargamento de dolor y gloria que llegará mañana al amanecer á la madre Patria.

Entretanto los Moros han notado ya que avanzamos, y empiezan á correrse por las montañas de la derecha, también con dirección al Sur...

¿Qué dirán al vernos *caminar*, ellos que ya deben de saber que siempre llegamos adonde nos proponemos?—¡Grande será su desesperación al darse cuenta de que ni los rudos temporales de